

China y el conflicto con Hong-Kong

Xulio Ríos

Director del Observatorio de la Política China



La crisis política abierta en Hong Kong en el segundo semestre de 2019 evidenció el singular potencial desestabilizador del hecho territorial en la China de Xi Jinping. Aunque las autoridades lograron mantener el temple ante movilizaciones masivas que no siempre discurrieron de forma pacífica y si bien la ley de extradición fue retirada, las causas de fondo del conflicto no han sido abordadas y amenazan con eclosionar de nuevo a la primera oportunidad. Por otra parte, la coincidencia de la llegada de la calma con una nueva victoria del soberanismo taiwanés en las elecciones del 11 de enero de 2020 evidencia la retroalimentación de ambos escenarios de tensión.

El origen y las causas

La causa inmediata que desató las protestas masivas en Hong Kong fue el intento del gobierno local de reformar la normativa en materia de extradición. El argumento del gabinete presidido por Carrie Lam fue el caso de Chan Tong-kai. Este hongkonés era buscado en Taiwán por el presunto asesinato de su novia embarazada en Taipéi. Chan huyó de la justicia por dos razones: primero, los crímenes extraterritoriales no son punibles según la ley de la Región Administrativa Especial de Hong Kong (RAEHK); segundo, no existe acuerdo formal de extradición entre Hong Kong y Taiwán dado que las actuales ordenanzas sobre delincuentes fugitivos y la de asistencia judicial recíproca en asuntos penales no se extiende a Taiwán. La gravedad del delito justificaría, con toda lógica, el impulso de una reforma legal para facilitar la entrega desde y hacia Taiwán y, por extensión, hacia y desde China continental. De esta forma se evitaría la impunidad. El problema radica en la diferente configuración de los sistemas judiciales ya que el vigente en el continente se considera menos imparcial y también menos garantista.

Pese a la racionalidad del problema a afrontar, susceptible de encauzarse a través de negociaciones, el conflicto se desbordó al servir de catalizador de otras tensiones que llevan tiempo anidando en la ex colonia británica. Dicha suma derivó en la participación en masa de miles de hongkoneses poniendo contra las cuerdas al gobierno local y en causa las políticas del gobierno central para la región, en especial, cuestionando la pervivencia de la propia autonomía y la subsistencia última y efectiva del principio “un país, dos sistemas”.

Entre las causas que pueden explicar la explosión de rencor vivida en Hong Kong cabría citar las siguientes. En primer lugar, la percepción de retrocesos en el ejercicio de ciertas libertades públicas, especialmente relacionadas con los medios de comunicación o con el derecho de manifestación. En los últimos tiempos, desde diferentes instancias se ha venido insistiendo en la denuncia de los intentos del Partido Comunista de China (PCCh) de poner bajo su tutela a los medios más influyentes de la región o la intimidación ejercida respecto a algunos movimientos sociales, ilegales en China continental, como Falungong, que sin embargo funcionaban con normalidad en Hong Kong. La reducción de la libertad de expresión se evidenciaría en casos como el acoso practicado contra Jimmy Lai, fundador de Next Digital media, de inspiración pro-demócrata, o los múltiples temores que circundan la independencia de prestigiosos medios como el diario South China Morning Post, tras la entrada de capital continental en su accionariado.

El conflicto se desbordó al servir de catalizador de otras tensiones que llevan tiempo anidando en Hong-Kong

En segundo lugar, cabría mencionar el mantenimiento por parte del gobierno central de los procedimientos de designación del gobierno local en contradicción con las previsiones de la Ley Básica –la mini-constitución de la RAEHK- que contemplan una evolución progresiva que debiera culminar con la elección del Jefe Ejecutivo mediante sufragio universal. Sabido es que la más reciente propuesta de Beijing limitaba este ejercicio a la elección entre un *numerus clausus* de tres candidatos que previamente debían dejar constancia fehaciente de su lealtad a China. El movimiento de activistas “Occupy Central” surgió para expresar el rechazo de esta propuesta que acabó naufragando de forma estrepitosa.

En tercer lugar, el desencuentro se nutre del flujo masivo de chinos continentales hacia la ex colonia, circunstancia que provoca una irritación indisimulable, por su comportamiento, en los residentes locales. A esta tendencia se le atribuye la responsabilidad del aumento de los precios de la vivienda, del incremento de la competencia en el mercado laboral, del deterioro de la calidad de vida, etc. El turismo continental se ha multiplicado, dando lugar a no pocos conflictos. Los turistas del continente representan aproximadamente el 60 por ciento del total de los visitantes y han originado severos choques con los residentes a causa de su conducta de “nuevos ricos” preñada de mala educación.

Si bien la retirada del citado proyecto de ley estaba en el origen de la protesta, pronto derivó hacia una plataforma reivindicativa más amplia, apuntando a la democratización, la preservación de las libertades y la defensa de la autonomía local como ejes principales de una movilización que aglutinó ya no solo a estudiantes sino también a otros colectivos, habitualmente ausentes, en una expresión masiva de descontento. Si las primeras manifestaciones a mediados de junio abogaban por la retirada del proyecto, tres meses después, tras el anuncio de su abandono, las “cinco demandas” (además del desistimiento, una investigación independiente, amnistía, no tipificación de las protestas como disturbios y democratización) pasaron a primer plano. Ninguna de ellas parece fácil de aceptar, al menos en su formulación inicial, por parte de las autoridades locales.

El hilo de tensión establecido entre las demandas de los colectivos más implicados y las posiciones oficiales augura un largo pulso en el que la progresiva desmovilización de unos y la radicalización de otros puede hacer colapsar la protesta.

Un país, dos sistemas

El concepto “un país, dos sistemas” ha orientado la retrocesión de Hong Kong a China. Deng Xiaoping ideó esta fórmula, entre otros para acentuar la previsibilidad de la política china tras décadas de convulsiones internas. Dicho principio garantiza cincuenta años sin cambios en la forma de vida en la ex colonia en una confluencia que preserva la diversidad sistémica, con una mayor aproximación en lo económico, un rechazo absoluto a la adopción de formas democráticas occidentales en el continente y su observación matizada en los enclaves ya recuperados (además de Hong Kong, Macao). En el caso de Taiwán, la culminación de su proceso democratizador, a diferencia de las experiencias vividas en Hong Kong o Macao, añade una singularidad de alto valor político que Beijing no puede obviar en cualquier planteamiento futuro de unificación.

Cabe recordar que “un país, dos sistemas” fue inicialmente concebido para la reunificación con Taiwán (Deng, 1987), pero se aplicó a Hong Kong y Macao con objeto de utilizar en un mismo país la prosperidad económica de ambos a través de los dos sistemas. Es más que la simple conjugación de los dos sistemas. Es un país por encima de la coexistencia de dos sistemas. El principio se traduce en la observación de un “alto grado de autonomía” que debe reflejarse en la Ley Básica, la mini-Constitución vigente en lo que serían unas regiones administrativas especiales.

El desencuentro se nutre del flujo masivo de chinos continentales hacia Hong-Kong, lo que provoca una irritación indisimulable

La retrocesión de Hong Kong ofrecía un interés especial al objeto de ponderar la asimilación bajo un mismo país de dos sistemas económicos claramente diferentes aunque con elementos comunes y en qué medida uno podría corromper al otro e incluso influir en el gobierno chino hasta el punto de forzar su democratización (Yahuda, 1996; Bush, 2016). Planteaba también a China el gran reto de cobijar bajo su régimen autoritario a la economía más libre del mundo, sin que esta contamine con “ideas subversivas democráticas” a la mayoría de la población continental. Importaría evitar que sus residentes no fueran una especie de quinta columna que actuara como enemigo interno. Esas tensiones y reflejos se han podido apreciar con absoluta nitidez a lo largo de los últimos lustros.

Otro reto importante consistía en determinar la capacidad del gobierno chino para digerir Hong Kong como parte de su civilización y cultura y reflejar positivamente todos esos activos en el proceso de reunificación más difícil, con Taiwán. Esto explica no solo el persistente mimo mostrado a la hora de promover iniciativas y normas expresivas de un talante comprensivo y adaptado a las circunstancias de cada caso desechando las conductas más ortodoxas sino sobre todo

animando políticas orientadas a fomentar el nacionalismo cultural, fortificando los valores chinos frente a las ideas provenientes de Occidente (Zheng, 1999).

Cabe señalar que el PCCh, en consonancia con sus orígenes e ideario, suscribió desde el primer momento de su triunfo (1949) un enfoque antiimperialista, lo que equivaldría de facto a la expulsión de cualquier vestigio de él en su propio territorio. Pero dicho aserto genérico se completó con una táctica inmediata, especialmente en relación a Hong Kong, que hacía hincapié en la observación de cuatro elementos: soberanía, estrategia, utilidad y seguridad. En suma, prevaleció una política pragmática que primaba las ventajas de postergar la reclamación de devolución de los territorios ocupados dado que los beneficios inmediatos, tanto en el orden económico como político, parecían mayores para China.

A lo largo de la Guerra Fría también primó ese utilitarismo. En 1959, el propio Mao decía que era mejor mantener Hong Kong como estaba. No había prisa para recobrarlo. Su status era aún útil para el nuevo poder. Esa actitud explica que Londres fuera de las primeras capitales del mundo en reconocer a la República Popular China y en establecer relaciones diplomáticas con ella. El desarrollo de la región le era útil a China en términos comerciales y como punto de contacto político con Occidente. Pero ambas plazas eran posiciones estratégicas, especialmente Hong Kong, en relación a Taiwán que entonces representaba a China ante el mundo.

Un pragmatismo a contrapelo ha sido pues la nota dominante en este proceso, lo cual es aparentemente contradictorio con ese dogmatismo siempre achacable al régimen chino en lo político y que tantas manifestaciones ofrece en otros dominios, también en lo territorial si nos referimos, por ejemplo, a la problemática de las nacionalidades minoritarias internas. La reunificación se muestra como un avance exitoso en el proceso de recuperación territorial sin uso de la violencia y como expresión de la consolidación de un magma cultural y civilizatorio homogéneo que reafirma a China como líder de un bloque político-cultural global. Todos estos territorios son parte de la civilización china a pesar tanto de sus diferencias como de las mutaciones originadas por el contacto con el mundo occidental (Carroll, 2007). No obstante, su denominador común es que no se consideran occidentales.

El valor de todo esto radica hoy día en que ese bagaje colectivo que tiene su fundamento en un pasado milenario se complementa con las diferencias surgidas de un proceso histórico reciente que permite el enriquecimiento mutuo, el aprovechamiento y desarrollo recíproco.



Mantener esa diversidad es importante en función del valor utilitario que reporta a unos y a otros, abriendo camino a experiencias genuinas e inéditas, a nuevas formas de vida internacional que pueden beneficiar a la humanidad en su conjunto.

Los claroscuros de un balance

En vísperas de la retrocesión muchos se preguntaban qué pasaría después del 1 de julio de 1997 en Hong Kong, si subsistiría o no su modo de vida, que cambios implicaría, si se mantendría Hong Kong como un centro financiero internacional o si la espesa sombra de la inestabilidad pondría fin a su aureola de pequeño paraíso capitalista (Pintado y Costa, 1997; Patten, 1999). De entrada, la devolución a China suponía que un pequeño territorio con una economía capitalista altamente desarrollada sería engullido por otro inmensamente superior en tamaño con una economía formalmente socialista y escasamente desarrollada. En la práctica, sin embargo, había que tener presente que si bien las diferencias en términos de desarrollo eran palpables, la confrontación era más relativa en términos estructurales. En China llevaban años funcionando las “zonas económicas especiales”: la especialidad consistía en que en ellas funcionaba el capitalismo puro y duro en lo económico con una cobertura de control político del PCC (Ríos, 2007). Por lo tanto, en cierto modo, estaban relativamente acostumbrados a convivir con situaciones más o menos semejantes.

La reversión de Hong Kong está íntimamente relacionada con la reforma y apertura de China al exterior

Por otra parte, la reversión de Hong Kong estaba íntimamente relacionada con la reforma y apertura de China al exterior. No fue casual que el anuncio de esta nueva política en 1978 coincidiera, de una parte, con la creación de una Oficina de Asuntos de Hong Kong y Macao, adjunta al propio Consejo de Estado; y de otra, con la instalación de esas primeras zonas económicas especiales en las proximidades de Hong Kong o Macao.

En estos años, Hong Kong ha confirmado su posición de importante referente en el comercio regional destacando su papel en las reexportaciones, una prueba de la trascendencia de su puerto para el traslado y almacenamiento de mercancías. También en las actividades de servicios es importante destacar la presencia de oficinas regionales y direcciones corporativas de empresas en su territorio, con cifras que abundan en la instalación creciente de representaciones de estas características. En paralelo, el traslado de personas y capitales a otros países ha significado el desarrollo de redes de negocios y de un cuerpo de profesionales administrativos y ejecutivos que forman parte de corporaciones globales con sede en la RAEHK. No obstante, las

pequeñas y medianas empresas siguen representando el mayor porcentaje de la actividad productiva. Como centro financiero regional, Hong Kong compite con Singapur, Sydney, Taiwán y cada vez más con Shanghái. Aún así, para el PCCh, la importancia de Hong Kong ya no deviene de su peso económico. En 1997 representaba el 20 por ciento de su PIB, ahora menos del tres por ciento. La economía de la vecina Shenzhen ya le supera.

De una crisis a otra

La primera crisis post-retrocesión fue muy discreta pero se manifestó públicamente con la dimisión en abril de 2001 de Anson Chan, secretaria general de la Administración de la región, quien denunció las constantes injerencias de Beijing para limitar la libertad de expresión. En abril de 2000, en un discurso de cuatro horas de duración, destacaba la importancia de preservar ese derecho en respuesta a las invectivas de Wang Fengchao, director adjunto del buró de enlace chino en Hong Kong, quien planteaba el desarrollo del artículo 23 de la Ley Básica con el abierto propósito de limitar la libertad de expresión. El detonante había sido un programa en la Radio Televisión de Hong Kong donde los intervinientes discutían libremente las relaciones entre China y Taiwán, objeto de las críticas oficiales.

En el verano de 2003, miles de ciudadanos se manifestaban en contra del intento de desarrollar legislativamente el artículo 23 de la Ley Básica que contempla la posibilidad de dictar normas para “prohibir cualquier acto de traición, secesión, sedición o subversión contra el Gobierno Popular Central”, así como el robo de secretos estatales o el establecimiento de vínculos con organizaciones o grupos políticos del exterior. Dicho proceso fue entendido como una amenaza directa al clima de tolerancia política de la región y que de salir adelante supondría entrar aceleradamente en una fase terminal de la coexistencia que había nacido para durar, al menos, 50 años, como dijera Deng Xiaoping.

Muchos vieron entonces esta iniciativa como una consecuencia de la crisis del SARS (Síndrome Respiratorio Agudo Severo) ya que en Hong Kong encontraban alivio las informaciones controladas en el continente (Ríos, 2012; Bush, 2016). Esa transparencia obligó a las autoridades continentales a ofrecer más información de la que probablemente estarían dispuestas a dispensar de buen grado. Se trataría entonces de enmendar las “fugas” metiendo en cintura a quienes soñaban con poner contra las cuerdas al inmenso gigante chino desde el otro lado del sistema.



Todas las expectativas estaban centradas en dirimir los avances que China estaba dispuesta a consentir

La ley de seguridad nacional que se pretendía aprobar contemplaba, entre otros, la posibilidad de condicionar el ejercicio de las libertades de palabra, de culto y otras, acomodándolas a las restricciones derivadas de los imperativos de la estabilidad. Dichas variables daban cuenta del nivel de salud de la autonomía real de Hong Kong. Taipéi, acusaba a China de violar el acuerdo de retrocesión y tomaban nota, pedagógicamente, del valor de la palabra dada.

Pero la protesta pública, que se mantuvo en 2004, hizo fracasar el proyecto y en 2005, Tung Chee-Hwa, el jefe ejecutivo de la región, adujo motivos de salud para abandonar. Su crédito, al bajar la cerviz ante Beijing, había quedado por los suelos. Varios ministros de su gabinete también dimitieron.

Como cabía esperar, en el orden político, todas las expectativas estaban centradas en dirimir los avances que China estaba dispuesta a consentir en orden a la universalización del sufragio directo en la totalidad de los procesos electivos. A pesar de que la Ley Básica ya estipulaba el sufragio indirecto para la elección del jefe del ejecutivo local, ello ha sido motivo constante de enfrentamientos entre algunos grupos políticos y el gobierno central. En el año 2001 se aprobó una norma explicitando que la Asamblea Popular Nacional (APN), residenciada en Beijing, es quien tiene las facultades para destituir al jefe del gobierno local, así como para fijar las bases de su elección.

El Comité Permanente de la APN es la instancia facultada para interpretar la Ley Básica de la RAEHK, recordaba Beijing en 2004, a quien le competen las decisiones sobre la elección del Jefe ejecutivo y del Consejo Legislativo, lo que fue interpretado por algunos sectores como un socavamiento de la autonomía prometida. Lo hacía Beijing en vísperas de un nuevo proceso electoral en el que por primera vez se elegirían por sufragio universal 30 de los 60 diputados (en 2000 se habían elegido 24). El mensaje político era que los ritmos se decidían en Beijing y no en Hong Kong.

Los grupos pro-democracia presionaron al gobierno central para lograr el sufragio directo en las elecciones de 2007, circunstancia que no estaba prevista en los acuerdos legales de retrocesión, argumento en el cual se escudó Beijing para no acceder a tal pretensión. La posibilidad teórica de una apertura democrática en 2007 había sido ya descartada en 2004, cuando Beijing confirmó que para la elección del Jefe Ejecutivo no habría cambios al menos hasta el año 2017 y para el Consejo Legislativo hasta 2020. En el horizonte chino preocupaba la estabilidad de cara a los Juegos Olímpicos (2008) y la evolución en Taiwán, ciertamente compleja ante un segundo mandato del soberanista Chen Shui-bian.

La universalización de los procesos democráticos es el objetivo “último”, la culminación de un largo proceso, decían en Beijing. China encaró estas controversias promoviendo el patriotismo.

En noviembre de 2009, el gobierno de Hong Kong promovió una reforma electoral que ampliaba el número de integrantes del Colegio Electoral, pasando de 800 a 1200. Y en 2010, tras pactarlo con Beijing, se decidió aumentar el número de miembros del Consejo Legislativo de 60 a 70, añadiendo un escaño a cada una de los distritos electorales y cinco a los representantes socioeconómicos. No alteraba las bases del sistema político pero sí aportaba un valor simbólico explicitando la voluntad de promover las reformas democráticas y de privilegiar una mayor representatividad y cercanía a las diferentes comunidades que vertebran la vida política de Hong Kong.

En las sesiones de la APN celebradas en marzo de 2012 se aprobó una modificación de los comités electorales que deben elegir a los diputados que la RAEHK debe enviar a Beijing. A partir de 2013 serán 1.800 y no 1.234 los integrantes de dicho comité. No variaba el número de diputados: 36.

Más recientemente, los cambios introducidos en la política china por el presidente Xi Jinping también han afectado a Hong Kong (Ríos, 2018). En 2013, el Consejo de Estado dio a conocer un libro blanco sobre la RAEHK en el cual, entre otros, apelaba a reforzar la conciencia patriótica de los hongkoneses y muy especialmente de los jueces, lo que fue interpretado por algunos como un cuestionamiento de las previsiones establecidas en los artículos 85 y 88 de la Ley Básica de la RAEHK que abundan en la preservación de la independencia del sistema judicial local.

El fiasco de la reforma electoral en 2014 con el rechazo a la creación de un “comité de nominaciones” de los candidatos a Jefe Ejecutivo, mostró los límites de unas reformas que ya avizoraban un horizonte de liquidación, el de 2047, cuando finaliza formalmente el compromiso de vigencia de los “dos sistemas”. La propuesta de reformas electorales no solo no logró la mayoría de dos tercios requerida sino que recabó un formal y pírrico apoyo de ocho votos tras la extemporánea salida de buena parte de los diputados que apoyaban el aprovechamiento pragmático de las mejoras introducidas por el plan. De los 70 posibles, solo 36 votos fueron emitidos. La ciudadanía de Hong Kong llegó muy dividida a aquel debate y votación. Tras la irrupción del movimiento *Occupy Central* y la *revolución de los paraguas*, las diversas encuestas de opinión reflejaban con claridad tal hecho, al tiempo que cierto y ligero avance de los partidarios del pragmatismo en un contexto general de indisimulado escepticismo.

Se trata de "tener cintura" para encajar y gestionar los acontecimientos inesperados con flexibilidad, sin caer en confrontaciones totales y abiertas

En 2017, una ley de himnos tipificaba como delito cualquier falta de respeto a la Marcha de los Voluntarios, el himno oficial chino. Y el posterior secuestro de unos librereros en un intento por censurar y controlar la industria editorial de la RAEHK reafirmaba una tendencia hacia prácticas más autoritarias que hacían peligrar el más favorable clima de Hong Kong en este aspecto.

Ese intervencionismo central en asuntos sensibles se completó con importantes apoyos económicos: desde un trato fiscal preferencial al estímulo de proyectos de gran envergadura como la creación del área de la Gran Bahía Guangdong-Hong Kong-Macao. A pesar del auge de Shanghái o Shenzhen, los intereses generales de las elites locales estaban preservados y Hong Kong permanecería firmemente anclado en la economía continental.

No obstante, la pasión y la iniciativa exhibida por las autoridades centrales a la hora de promover ciertas reformas no se extendieron a otros ámbitos. En 2020, cuando China previsiblemente anuncie que ha erradicado la pobreza en el país, se dará la paradoja de que en Hong Kong, con una renta per cápita cinco veces superior, uno de cada cinco ciudadanos seguirá viviendo por debajo del umbral de la pobreza (Lau, 2017). La desatención a las problemáticas sociales (ingresos, vivienda, educación, etc.), evidentes en el agravamiento de una desigualdad galopante, debería formar parte inexcusable de la autocrítica oficial. Y llama la atención que no figure como "sexta demanda" de la plataforma de los colectivos movilizados.

En un discurso en la Escuela Central del Partido a primeros de septiembre de 2019, Xi apeló a los dirigentes chinos a "saber dominar bien el arte de la lucha" al haber entrado el país en un periodo repleto de riesgos y en el cual se debe estar preparado para afrontar acontecimientos inesperados. Hong Kong estaba en la mente de todos los presentes. En el exterior, no faltó quien rápidamente interpretó esa aseveración como una declaración de antagonismo radical con todos aquellos que intenten impedir su emergencia en el panorama internacional. Sin embargo, cabría considerar que, por el contrario, la expresión alude en lo esencial a la necesidad de "tener cintura" para encajar y gestionar los acontecimientos inesperados con flexibilidad, sin caer en confrontaciones totales y abiertas. Se diría que, por fortuna, la manera en que China ha encarado la crisis de Hong Kong otorga más credibilidad a esta última visión.

Un último aspecto cabe referirlo a la proyección de Hong Kong en las tensiones internas del PCCh, es decir, como expresión de un hipotético enfrentamiento entre las diferentes elites que conforman los clanes y grupos de poder que habitan en el seno del Partido Comunista de China.

Por Beijing circula una larga lista de más de doscientos fugitivos refugiados en Hong Kong. Muchos de ellos huyeron de la intensa lucha contra la corrupción desatada por Xi Jinping a partir de 2013, optando por guarecerse en la ex colonia para seguir gestionando sus negocios. Por otra parte, buena parte de las elites económicas y políticas del continente tienen depositados en Hong Kong una considerable porción de sus caudales. Ni a unos ni a otros podía hacerle gracia la aprobación de una ley de extradición que limitaría su libertad de acción y podría poner en riesgo su propia integridad.

Ello trae a colación la sempiterna figura de Jiang Zemin y su clan de Shanghái. En estos años, Xi Jinping se ha ensañado especialmente con las huestes de Jiang, cuyo récord en el poder (1989-2002) no ha sido batido por el momento por ningún líder después de Mao. Xi también tiene esto en mente al dinamitar el límite de los dos mandatos, pero no solo a efectos temporales sino también para sopesar con minuciosidad la amplia lista de enemigos que ha ido conformando y que, pese a haber menguado su influencia, tienen a Jiang como última esperanza de supervivencia holgada. Los entornos inmediatos del propio Jiang y de su vicepresidente Zeng Qinghong podrían estar en la lista de inminentes afectados por la campaña contra la corrupción. Xi no ofrece signos de acobardamiento.

El conflicto surgido en Hong Kong ofrece a los hipotéticos rivales internos de Xi una clara oportunidad de desacreditar su estilo de gobierno. Su obra sobre el modelo de gobernanza y administración de China, que ya va por el tercer tomo y fue traducida a varias decenas de idiomas (más que las obras de Mao), no parece contemplar fórmulas mágicas para revertir la situación en la región autónoma, señalan irónicamente sus críticos. Desde esta perspectiva, Hong Kong puede convertirse en una trampa para Xi si su incapacidad para resolver eficazmente la crisis puede ser instrumentalizada para azuzar y cuestionar la infalibilidad de su liderazgo.

La utilización de conflictos políticos y de movimientos sociales en las maniobras palaciegas goza también de larga tradición en China. Sin ir más lejos, cuando en 2009, Hu Jintao debió afrontar la gravísima matanza ocurrida en Xinjiang (184 muertos y casi mil heridos), Zhou Yongkang, entonces responsable de seguridad en el máximo sanedrín del PCCh, fue señalado como muñidor entre bambalinas de la intriga. Bajo Xi, Zhou fue condenado a cadena perpetua por corrupción en un juicio que evidenció hasta qué punto la criminalidad más soez pudo alcanzar la cúpula del poder chino. Y en cuanto al uso político de movimientos de masas, la propia Revolución Cultural, desatada por Mao para arrebatarse el mando a sus rivales y destruirlos, es cabal ejemplo de ello.

El giro experimentado en la política china desde la llegada de Xi Jinping ha afectado a variables que no suscitan el aplauso unánime (Ríos, 2018). No solo fuera, también dentro del país pese al notorio esfuerzo por transmitir la apariencia de un monolitismo sin fisuras. En poco tiempo, la propia maquinaria burocrática ha evolucionado desde el neomandarinato comprometido con el objetivo de alcanzar una sociedad armoniosa hacia una especie de “leninato” en el que solo la máxima autoridad parece estar en condiciones de comprender la magna tarea que China tiene por delante. Al alterar la regla del máximo de dos mandatos al frente del país, la posibilidad de eternización de los líderes en el poder impide que las diferentes sensibilidades puedan disputarse el liderazgo en base a procedimientos previsibles. La adopción de un estilo que recuerda el culto personal reservado a Mao y que tanto horrorizaba a Deng Xiaoping se antoja contraproducente. Finalmente, el estímulo de un nacionalismo ambicioso que obnubila la rica ambigüedad del pasado que tanto beneficiaba a China suscita preocupación y reserva en socios importantes.

La posibilidad de eternización de los líderes en el poder impide que las diferentes sensibilidades puedan disputarse el liderazgo en base a procedimientos previsibles

Al final de su mandato, Jiang Zemin alentaba una cierta reforma política. Su sucesor, Hu Jintao, coqueteó y experimentó con ella bajo el prisma de un alargamiento de la democracia dentro de los márgenes del sistema. El nuevo rumbo adoptado por Xi Jinping, desmantelando los diques interpuestos por Deng para impedir una repetición trágica de los excesos del maoísmo, abunda en el riesgo de provocar una fractura. No debiera extrañarnos que sus rivales internos pretendan servirse del exacerbamiento de tensiones como las de Hong Kong, incluso en connivencia de facto con poderes hostiles, para tirar un último cartucho tanto con el propósito de salvar sus privilegios como de igualmente forzar un retorno a la senda primigenia de la reforma.

De Hong Kong a Taiwán y el problema territorial chino

Hong Kong es expresión de la complejidad del sistema político-territorial chino, articulado sobre la base de municipalidades dependientes directamente del gobierno central, provincias, regiones autónomas, etc. Conocidas son las tensiones nacionalistas en Tíbet o Xinjiang, fundamentalmente. En Macao también surgen algunos movimientos políticos de signo desafiante como *New Hope*, si bien intrascendentes en la actualidad. Pero el mayor reto en este sentido es Taiwán.

Los efectos de la más reciente crisis de Hong Kong en Taiwán son notorios. En noviembre de 2018, el soberanista PDP o Minjindang cosechó una fuerte derrota en las elecciones locales, ganadas por el Kuomintang, partidario de la unificación, aunque no implementada sobre la base de “un país, dos sistemas”, fórmula que rechaza. En enero de 2019, Xi Jinping recordó el Mensaje a los compatriotas de Taiwán que Deng Xiaoping pronunció en 1979, revalidando la invariabilidad del camino trazado; en suma, habrá reunificación cueste lo que cueste, incluso por la fuerza llegado el caso. La sensación de inseguridad suscitada resucitó la popularidad de la presidenta taiwanesa Tsai Ing-wen. Los sucesos de Hong Kong aportaron más valor a ese repunte, de forma que pasó a encabezar las encuestas de cara a las elecciones presidenciales y legislativas de enero de 2020, que ganó con holgura. Mientras Xi reclame más velocidad en la senda de la reunificación, con el horizonte de 2049 como frontera simbólica, la impaciencia se puede volver en su contra.

Con los disturbios en Hong Kong todos los días en los telediarios, la actual presidenta Tsai Ing-wen no necesitó hacer campaña electoral... Tras la bancarrota de 2018, Beijing la consideró políticamente moribunda y acentuó los mensajes impacientes para lograr una pronta reunificación. Pero produjeron el efecto contrario. La popularidad de Tsai pasó del 26,6 por ciento de entonces a más del 50 por ciento. La situación de caos que se vivía en la ex colonia británica acentuó las reticencias y las especulaciones sobre un hipotético recurso al uso de la fuerza a gran escala le sirvió en bandeja un triunfo más que holgado frente a sus inmediatos rivales.

Lo dejó bien claro el compañero de candidatura de Tsai, el ex primer ministro Lai Ching-te, al inaugurar con la presidenta la sede de su campaña. Al reivindicar el papel de Taiwán para “mantener nuestro modelo de democracia como una luz principal para Hong Kong”, la estrategia del PDP se centró en visibilizar y galvanizar la pugna entre la defensa de la democracia contra el poder autocrático de Beijing.

Cada vez que Xi Jinping habla sobre estos asuntos (como hizo en Brasilia, en una cumbre de los BRICS, para instar la urgente restauración del orden en Hong Kong), las expectativas de Tsai se disparaban. Nada más conveniente, pues, que mantener la tensión aun a pesar de la retirada de la ley de extradición, al menos hasta la celebración de los comicios. Ello convenía igualmente a EEUU, que celebraba la combatividad de los manifestantes hongkoneses como también la represión por parte de los militares bolivianos de los indefensos indígenas partidarios del depuesto Evo Morales.

Las tensiones con los Estados Unidos

La crisis política en la RAEHK se convirtió en otro factor más de tensión en las relaciones sino-estadounidenses. Así se puso de manifiesto en las declaraciones de líderes, pronunciamientos oficiales, iniciativas legislativas, etc. promovidas desde la Casa Blanca. Los cabezas visibles de la protesta hongkonesa fueron acogidos en Washington con los brazos abiertos, provocando la condena de las autoridades en Beijing. Hong Kong se reafirmó así como una pieza más de la pugna estratégica (económica, comercial, financiera, tecnológica, militar, etc.) que enfrenta a la primera y la segunda economía del mundo.

En este contexto, China denunció la activa interferencia exterior manifestada en la implicación directa de personas y entidades en el fomento de graves desórdenes que en cualquier país habrían desatado una ola fuerte de represión (basta comparar con la Francia de los chalecos amarillos). China, no obstante, fue capaz de mantener la sangre fría y evitar un desenlace trágico (otro Tiananmen) que la desprestigiaría en todo el mundo y serviría de pretexto para una campaña de demonización y boicot que pondría en serio peligro su actual estrategia exterior.

China denunció la activa interferencia exterior manifestada en la implicación directa de personas y entidades en los graves desórdenes

En represalia, el gobierno chino decidió suspender la revisión de solicitudes para hacer escala en Hong Kong de buques y aviones militares de Estados Unidos. China también anunció medidas en contra de algunas organizaciones no gubernamentales de dicho país (National Endowment for Democracy, el Instituto Nacional Demócrata para los Asuntos Internacionales, Human Rights Watch, el Instituto Republicano Internacional, Freedom House, etc.) por su supuesto rol en los disturbios en Hong Kong.

Llegaban así las primeras muestras de las “contramedidas” anunciadas tras la aprobación de la Ley de Derechos Humanos y Democracia de Hong Kong, sancionada por el presidente Donald Trump. Dicha ley cabe enmarcarla en esta evolución y compromete a la Administración Trump a actuar no solo preceptuando un seguimiento del estado de las libertades en la ex colonia (que debe servir de base para decidir si mantiene o no el tratamiento económico y comercial favorable a Hong Kong) sino postulando, llegado el caso, la imposición de sanciones diplomáticas.

Al compás de las protestas, el Departamento de Estado emitió varias declaraciones oficiales y el conflicto en Hong Kong fue destacado en varios discursos de alto perfil y cuidadosamente elaborados, incluida la propia alocución del Presidente Trump ante la Asamblea General de la ONU. La declaración más extensa fue la efectuada por el vicepresidente Mike Pence el 24 de octubre de 2019 en el Centro Wilson en Washington. Allí invocó las obligaciones de China en virtud de la Declaración Conjunta sino-británica de 1984 y expresó su abierto apoyo a los manifestantes.

Crisis de confianza

La crisis de confianza que resume la relación de buena parte de la sociedad hongkonesa con Beijing viene de lejos. No se trata solo de la ley de extradición sino de la asfixiante sensación de un excesivo incremento de la influencia del continente en el territorio, quizá anticipo de la liquidación de las libertades políticas de la región. Quienes llevaron la delantera en las manifestaciones llevaban también la cuenta: son aquellos que en 2047, dentro de 27 años, se hallarán en la plenitud de sus vidas debiendo afrontar entonces la extinción del estatus actual en virtud de los acuerdos firmados por China y Reino Unido en 1984.

La impaciencia de las autoridades centrales por avanzar en la erosión de facto del marco instituido de “un país, dos sistemas” ha recibido siempre varapalos notorios por parte de la sociedad hongkonesa consolidando, en paralelo, un abismo interior, el que cuestiona la propia representatividad de un Consejo Legislativo y un poder ejecutivo que deben lealtad al poder central pero que no pueden hacer oídos sordos al clamor social. La reacción popular paralizó en 2003 la reforma del artículo 23 de su Ley Básica o en 2014 echó por tierra una reforma electoral que distorsionaba el ejercicio del sufragio directo. Este descalabro humillante para las autoridades centrales llevó a la parálisis de la reforma política pero también dio paso a medidas coercitivas acupunturales que lejos de atemorizar a la población incrementaron la inquietud y la preocupación sobre los apetitos intrusivos y autoritarios del poder central.

La apuesta por la represión y las contramanifestaciones se ha demostrado totalmente insuficiente. Tampoco dio resultado el anuncio de la retirada del proyecto de ley de extradición. Incluso la defenestración de Carrie Lam, que se da por descontada a la espera del momento oportuno, llegará siempre tarde. El principal aliado del PCCh en la región, el pragmatismo de los ejecutivos que nadan en la abundancia explotando los lazos con el continente, se encuentra desorientado ante lo abrumador de la adhesión cívica a los anhelos democráticos.

La superioridad e infalibilidad de las políticas del PCCh está en entredicho. La mera evocación del uso a gran escala de la fuerza como alternativa implica reconocer un fracaso político de alcance que echa por tierra la sagrada teoría de que la proximidad cultural y civilizatoria, administrada según su magisterio, es garantía de unidad y estabilidad en el mundo chino. No obstante, todo indica que allá donde se conoce, el ingrediente democrático no es prescindible sin más. Por eso, para el PCCh, quienes se manifiestan en Hong Kong solo pueden ser “anti-chinos”.

Conclusión

China ya calificó el movimiento hongkonés de intento de “revolución de color” (una movilización que combina el recurso a la violencia y el discurso pro-occidental). Se basa para ello en la reiteración de acciones minoritarias de grupos radicales que no dudaron en asaltar el Consejo Legislativo o asediar la Oficina de Enlace con el Gobierno central y hasta comisarías de policía. La paralización pacífica del aeropuerto internacional redunda en el relato del grave impacto económico de las protestas y Beijing ya elevó el tono para introducir los “indicios de terrorismo”.

El vertiginoso deterioro de la situación sirvió al PCCh para presentar ante la sociedad china estos movimientos como de “niños mimados” que se “resisten a la penetración” progresiva de la influencia continental... Y se podría estar gestando ahora un cambio abrupto de política.

No está claro tampoco que el movimiento cívico de Hong Kong inspire a la sociedad civil del continente. Por el contrario, lo que está provocando es una ola de sentimiento nacionalista que blindará aún más al PCCh. La principal expectativa es que el deterioro de la situación provoque un cisma interno al máximo nivel a la hora de decidir el rumbo a seguir.

La apuesta por la represión y las contramanifestaciones se han demostrado totalmente insuficientes

Afortunadamente, las autoridades centrales pudieron evitar recurrir a medidas extraordinarias para silenciar las protestas. La sombra de la transferencia de fuerzas militares del continente se deslizó durante semanas, especialmente en la víspera de las conmemoraciones del 70 aniversario de la fundación de la República Popular de China. Un escenario dantesco tendría consecuencias muy serias para China en un momento también sensible a otras razones, como la guerra estratégica y comercial con los Estados Unidos o la moderación del crecimiento económico.

Fue difícil para las autoridades locales y centrales aceptar la retirada de la iniciativa legislativa que estaba en el centro de las protestas. Fue una victoria para los manifestantes. En el escenario inmediato, cualquier hipótesis independentista está fuera de lugar. La represión contra estos movimientos, por otro lado, con mucho eco en los medios de comunicación occidentales pero con poco apoyo interno, se volverá más intensa y selectiva con cada paso.

Beijing está considerando introducir una serie de medidas que incluyen cambios en el sistema educativo del territorio para “mejorar la conciencia nacional y el patriotismo” de los jóvenes; también, en el campo de la seguridad, con especial énfasis en la adopción de respuestas contra la “interferencia extranjera”. Se ha demostrado que

estos dos elementos, educación y seguridad, son las principales frustraciones de China desde la recuperación de la soberanía sobre Hong Kong.

El resultado de las elecciones distritales celebradas el 24 de noviembre de 2019 en Hong Kong pulverizó las dos últimas esperanzas de las autoridades chinas: la de que el recurso a la violencia extrema afectaría al nivel de apoyo a las protestas cambiando el punto de vista cívico, y la de que las elecciones harían emerger la “mayoría silenciosa” que rechazaba el movimiento y no se atrevía a manifestarlo públicamente.

Entendidas como un test del apoyo popular a las protestas anti-gubernamentales, la fuerte afluencia a las urnas (superior al 71 por ciento de los más de 4 millones de electores inscritos) y el clamoroso triunfo de la oposición, en condiciones normales propiciaría la dimisión ipso facto de la Jefa Ejecutiva, Carrie Lam. El resultado también ahoga la propuesta de sesiones de diálogo, calificadas de cosméticas por la oposición, de Lam con la población.

Los datos resultantes de estos comicios revelarían la determinación de los hongkoneses para defender su autonomía e igualmente el interés de buena parte de la sociedad de participar en el sistema para que sus puntos de vista tengan reflejo adecuado en él.

Con el nuevo año, el gobierno central dio inicio a una serie de cambios de personal. Manteniendo en principio a Carrie Lam, optó por remover a los gestores de su política. Si en noviembre fue el caso del jefe de policía de Hong Kong, con Chris Tang, sustituyendo a Lo Wai Chung, los cambios afectaron después a la Oficina de Asuntos de Hong Kong y Macao. Xia Baolong, ex jefe del Partido en Zhejiang y vicepresidente de la Conferencia Consultiva Política del Pueblo Chino y protegido de Xi, también con experiencia en seguridad pública, es el nuevo director, degradando a Zhang Xiaoming que pasa a ser subdirector. El nombramiento de Xia se produjo seis semanas después de que otro protegido de Xi, Luo Huining, fuera nombrado representante del gobierno central en Hong Kong. Siendo Xia un líder de nivel estatal, el rango jerárquico de esta oficina se elevó y ello podría conducir a cambios en la administración de Hong Kong. Hasta ahora, Carrie Lam y los titulares de estos departamentos disponían del mismo estatus; ahora queda en un nivel inferior. En cualquier caso, habrá un control más directo del presidente Xi sobre Hong Kong.

El estallido de la crisis del Covid-19 abrió un nuevo frente de preocupación. La sociedad civil hongkonesa reclamó de las autoridades locales medidas rápidas y expeditivas para aislarse del continente. Teniendo muy presente el drama que supuso el SARS en 2002-2003

y bajo la presión de una huelga masiva de profesionales de la salud, el control de la frontera –sin cerrarla completamente para no disgustar a Beijing- y la adopción de medidas de confinamiento y cierre de algunos establecimientos o limitaciones del contacto social, explican el bajo impacto de la crisis en la región, lo cual permitió a Carrie Lam recuperar un cierto crédito a ojos de la población. Aun así, en un contexto tan volátil, el balance de la opinión pública se apreciará en las elecciones legislativas previstas para septiembre de 2020.

Más allá de los cambios de personal y de las crisis del signo que fuere que el tiempo nos depare, lo que el PCCh debe definir es una nueva estrategia. Cabe tener presente que la proporción de personas de Hong Kong que se identifican como “chinos” no hace sino disminuir. Mientras que en 2008 era casi un 40 por ciento en promedio, cayó un 10 por ciento en 2019. Los resultados son aún más bajos para los jóvenes de entre 18 y 29 años. En 2008, eran casi el 30 por ciento. En 2018, estaban por debajo del 5 por ciento. Lo menos que se puede decir es que el gobierno central no aprovechó la originalidad del esquema “un país con dos sistemas” para seducir a la población de Hong Kong.

Referencias bibliográficas

Bush, Richard C. (2016), *Hong Kong in the Shadow of China: Living With the Leviathan*, The Brookings Institution.

Deng Xiaoping (1987), *Problemas fundamentales en la China de hoy*. Beijing: Ediciones en Lenguas Extranjeras.

Carroll, John M. (2007), *A Concise History of Hong Kong*. Rowman and Littlefield.

Lau, Maggie, *Poverty in a Rich society: The Case of Hong Kong*. The Chinese University Press.

Patten, Chris (1999), *Hong Kong antes y después*. Barcelona: Plaza&Janés.

Pintado Nunes, Joaquim y Costa, Paulo M. (1997), *Macau e Hong Kong, que futuro?*. Lisboa: Livros Horizonte, Lisboa.

Ríos, Xulio (2007), *Mercado y control político en China*. Madrid: La Catarata.

Ríos, Xulio (2012), *China pide paso, de Hu Jintao a Xi Jinping*. Barcelona: Icaria.

Ríos, Xulio (2018), *La China de Xi Jinping*. Madrid: Editorial Popular.

Yahuda, Michael (1996), *Hong Kong: China's Challenge*, Routledge.

Zheng Yongnian (1999), *Discovering Chinese Nationalism in China. Modernization, Identity and International Relations*. Cambridge University Press.